

Alexander Caldcleugh

Datos del autor y noticias del viaje

Alexander Caldcleugh se embarcó desde Plymouth el 9 de setiembre de 1819 con destino a Río de Janeiro, a bordo del buque Superb, formando parte del personal diplomático que acompañaba al Ministro Inglés, Sir Edward Thorton que representaba a la corona británica ante la corte portuguesa en Brasil.

Su viaje culminó la etapa inicial, cuando arribaron a Río de Janeiro el 23 de octubre de 1819. En enero de 1821, el capitán Stanhope invitó a Alexander Caldcleugh a partir hacia Buenos Aires y de allí, posteriormente pasar a Chile. Se embarcaron a bordo del brig Alacrity, el 18 de enero de 1821, y el 5 de febrero, estaban en Buenos Aires, después de haber recalado en Montevideo, a la sazón en poder de los portugueses.

A pesar de la atmósfera de agitación y peligros que se vivía en el país, Alexander Cladcleugh decidió aventurarse y con el ansia de cruzar los Andes, partió el 24 de febrero de 1821, rumbo a la provincia de Mendoza, con la compañía de un guía, llamado Chiclana, por el camino de las postas. En su recorrido tuvo que sortear varias dificultades y trastornos en el viaje, entre ellos el ataque de los indios rebeldes al cruzar la pampa argentina. El 12 de marzo, llegó por fin a la ciudad de Mendoza. Pero permaneció poco tiempo en ésta y partió el 15 de marzo con sus peones y mulas rumbo a Chile, donde llegó 8 días

después.

En Chile, se quedó también poco tiempo. El 14 de abril se embarcó en una fragata rumbo al Callao, pasó en Lima una semana y retornó a Valparaíso el 21 de mayo. A pesar de estar nevada la cordillera de los Andes, la atravesó prácticamente sólo en 9 días, llegó a Mendoza, nuevamente de regreso desde Chile y partió rápidamente hacia Buenos Aires a fines de junio. Desde allí se embarcó, el 1 de julio rumbo a Río de Janeiro; finalmente arribó a Inglaterra en noviembre de 1821.

Años después, en 1825, apareció en Londres su obra en dos volúmenes, sobre su Viaje por América del Sur con una relación sobre el estado actual de Brasil, Buenos Aires y Chile.

Motivos del viaje

Integrante de una misión diplomática, que representaba a la corona británica ante la corte portuguesa, en Brasil. Demostró una gran curiosidad por conocer el resto de los países de América del Sur como la Argentina, Chile y Perú.

DATOS DE LA OBRA

Título original de la obra: *Travels in South America during the years 1819 - 20 - 21; containing an account of the present states of Brazil, Buenos Ayres and Chile.*

Título de la obra: *Viajes por América del Sur. Río de*

la Plata, 1821.

Publicación

1º edición: Londres, 1825, dos volúmenes.

En 1826, la obra fue traducida al alemán e impresa en Weimar.

Edición en español: En 1914, la edición en alemán fue traducida por F. Nieto del Río y A. R. Ovalle, que tradujeron la parte correspondiente a Chile, publicada en la obra: “Colección de autores extranjeros relativos a Chile”. En la Argentina, 1º edición, editorial Solar, Buenos Aires, 1943.

Prólogo: José Luis Busaniche

Traducción: José Luis Busaniche

Contenido de la obra

La obra cuenta con XI capítulos y un Apéndice con notas del viaje por Chile y Perú. El capítulo I es el inicio del viaje, su estadía en Montevideo, La provincia Cisplatina del Brasil, Paraguay y la llegada a Buenos Aires. Los capítulos II, III y IV describen sus impresiones en la provincia de Buenos Aires, límites, clima, enfermedades, flora y fauna, minerales, comercio exterior. La influencia de la religión, costumbres de sus habitantes. Instituciones y personalidades. Ataque de los indios. El quinto capítulo es un sumario de los acontecimientos ocurridos desde 1810 hasta 1823, en las provincias de la Argentina.

El capítulo VI es el diario de viaje a caballo por las pampas argentinas, desde Buenos Aires hasta su llegada a Córdoba. El siguiente trata sobre el ataque de los indios,

su huida, llegada a la provincia de San Luis y finalmente a Mendoza. El capítulo VIII es sobre su estadía en Mendoza, describe al general San Martín, los pasos de la cordillera, ríos, tormenta de nieve, el ascenso y cruce de los Andes, hasta su llegada a Santiago de Chile.

El capítulo IX relata su viaje de regreso de Santiago de Chile a Buenos Aires, nuevamente el cruce de los Andes, su llegada a Mendoza y partida definitiva. Capítulo X su partida de San Luis hasta Córdoba y su viaje atravesando las pampas. El último capítulo se refiere al arribo a Buenos Aires y embarque rumbo a Río de Janeiro.

Características de la obra

La obra de Caldcleugh contiene una parte exclusivamente informativa, obtenida de testimonios anteriores y de libros consultados por el viajero antes de emprender su derrotero, y otra parte, basada en la observación directa de Alexander Caldcleugh, sus descripciones de la naturaleza, tipos, usos, costumbres y trazos pintorescos de la gente, de comienzos del siglo XIX.

El autor presta una atención especial al aspecto cultural de los países que visitó. La obra posee variadas páginas de información histórica, comentarios de acontecimientos, testimonios de costumbres urbanas y rurales y otros detalles que la hacen por demás entretenida. El relato del viaje comprende figuras y grabados como el de la posta del Desaguadero; la plaza de Mendoza y la cordillera de los Andes, además, un mapa del itinerario con las postas y lugares recorridos durante el viaje.

Descripción de personalidades como el dictador Francia, en Paraguay; las figuras de Bernardino Rivadavia y García, en Buenos Aires; el General San Martín, desde Mendoza; Estanislao López, gobernador de Santa Fe; el caudillo Francisco Ramírez; los hermanos Carrera y la esposa de uno de ellos; el gobernador de Mendoza, Tomás Godoy Cruz.

Ubicación temporal con referencia a Mendoza: año 1821

Descripción de la obra con referencia a Mendoza

Capítulo VII: Llegada a Mendoza y divisa la cordillera de los Andes

Capítulo VIII: Breve estadía en Mendoza, cruce de los Andes y viaje hasta llegar a Santiago de Chile.

Capítulo IX: De Santiago de Chile a Buenos Aires. Pasa por Mendoza.

Aguas de Bebedero

Posta de Desaguadero

Hasta las Chilquitas hicimos quince leguas largas, cambiando caballos a mitad de camino; el calor era insostenible. Poco después de pasar la laguna del Chorrillo, llegamos a las márgenes de un lago salado llamado Bebedero que tenía siete leguas de circunferencia. En el centro las aguas aparecían claras pero hasta cierta considerable distancia de la costa, la sal, muy blanca y solidificada en

forma de cubos, presentaba un hermoso aspecto. La llevan a Mendoza y otros lugares circundantes pero se consume poco debido a un prejuicio muy arraigado: la gente cree que contribuye a la vejez prematura, y las mujeres, en especial, se abstienen cuidadosamente de usarla. El camino sigue por un espeso bosque de mimosas, de aspecto mezquino; el calor y el polvo se hacían excesivamente molestos. Como en verano llueve muy raras veces, no hay riesgo alguno de dormir al aire libre y es costumbre muy generalizada. Un poco más lejos vadeamos el Desaguadero, río de aguas saladas que desemboca en el referido lago y sirve de límite entre las provincias de San Luis y Mendoza. Por una larga distancia fui examinando las márgenes de este río en espera de encontrar yeso pero no hallé ninguna muestra; predominaba la greda rojiza.

Descripción de la cordillera de los Andes

Poco después, a puestas de sol, se ofreció un espectáculo de tal naturaleza, que el tiempo no lo borrará jamás de mi memoria. La altísima muralla de los Andes, que por tanto tiempo había deseado contemplar, apareció a mi vista. Los campos que se extendían al pie de la cordillera, así como las primeras estribaciones de los cerros, oscurecieron de pronto mientras las altas cumbres ostentaban al sol, sus nieves eternas. Me señalaron el Tupungato, - volcán extinguido – como el más alto de esos picos. Lamento en verdad no ser capaz de describir todo lo que se presentó ante mis ojos y las sensaciones que experimenté. Los Andes estaban a setenta leguas de distancia.

Posta Corral de Cuero

Llegamos a Chilquitas a las siete y partimos a las ocho para Corral de Cuero, pero la tarde se ensombrecía como anunciando tormenta y el calor de la jornada nos había vencido; entonces paramos en una especie de estancia sobre el camino y nos acostamos a dormir en el patio; no podía darse nada peor que las chinches de aquella casa y el mismo baqueano se quejó más amargamente que yo y que el postillón. Eran de un tamaño intermedio entre la chinche de Inglaterra o Francia y el pequeño escarabajo negro. Estos bichos dejan sus escondrijos por la noche y buscan a sus víctimas en los patios. Cuando el tiempo es caluroso, nada osaría disputarles el interior de las habitaciones. Esta aparente falta de aseo debe excusarse por la escasez de agua en la región.

Descripción de las postas desde Corral de Cuero hasta Rodeo del Chacón

10 de marzo. – Reanudamos el camino a las tres de la mañana, por el mismo monte, hasta Corral de Cuero, nueve leguas. La casa de posta era un rancho de barro. Salimos de ahí a las siete y cuarto, atravesando bosques parecidos a los anteriores por las márgenes del río Tunuyán que baja de la sierra del Portillo y termina en el lago salado ya descrito. Pasamos por la aldea de Corocorto, a nueve leguas de la última estación; componen esta aldea unas pocas casas y la circundan bosquecillos de mimosas enanas. Desde ahí hasta La Dormida hay cuatro leguas; el camino se hace, en su mayor parte, por la costa del río Tunuyán. En sus márgenes observé cierta cantidad de natrón; era casi blanco, y, en algunos lugares, de una media

pulgada de espesor; en otros sitios el polvo cubría, apenas, el suelo. A Las Catitas caminamos seis leguas por entre bosquecillos de árboles muy bajos y después seguimos hasta Rodeo de Chacón donde debíamos pasar la noche. Anduvimos, desde la mañana, treinta y nueve leguas.

Cultivo de frutales Costumbres

Legua tras legua, en esta jornada, mejoraba el aspecto de las casas y de la campaña; se notaba más cuidado en el cultivo de la fruta, como la uva y el durazno, y los terrenos de cultivo inmediatos a las postas tenían riego. En Rodeo de Chacón las gentes se mostraron muy obsequiosas y me dieron de cenar tres platos excelentes con vino de Mendoza, rehusando toda retribución, salvo una taza de mate cocido que tomaron conmigo. A las ocho estábamos todos acostados – padre, madre, hijas y tíos -, en el patio de la casa; la cual se hallaba tan infectada de los insectos ya mencionados, que nadie la ocupaba para dormir. Yo empecé a sentir frío y el baquiano hizo fuego preparándome un poco de mate.

Posta El Retamo y Rodeo del Medio Descripción del camino a Mendoza

11 de marzo. – La niña de la casa se mostró muy atenta y me dio un poco de leche; así pudimos desayunarnos. A las tres y media salimos para Retamo, nueve leguas largas, entre bosquecillos idénticos a los del día anterior; a las siete llegamos a la posta, la casa mejor edificada que habíamos encontrado hasta entonces. Antes de llegar al pueblito atra-

vesamos campos muy bajos inundados por el río Tunuyán. El camino cambió después presentándole aspecto de una carretera regular orillada por álamos, de suelo arenoso con piedras pequeñas. Dejamos Rodeo del Medio, siete leguas entre terrenos pantanosos. A medida que avanzábamos se veían más campos cercados y cruzamos el río Mendoza, de corriente muy rápida; viene de la sierra y desemboca en el Desaguadero; en ciertos períodos deja muchos campos bajo el agua, principalmente cuando empiezan los deshielos en la Cordillera. Durante toda la mañana nos gozamos en contemplar las magníficas estribaciones de los Andes, a las que nos acercábamos con rapidez. Llegados a Rodeo cambiamos caballos y seguimos a Mendoza, distante cinco leguas. El camino – cubierto de cantos rodados – estaba bajo el agua que corría de las montañas revelándonos que íbamos en ascenso, cosa que de otra manera no hubiéramos advertido. A uno y otro lado aparecían indicios de que nos acercábamos a una ciudad importante: campos de cultivo, cercados y quintas en cuyos techos se secaba al sol la pimienta de Chile que también se veía desparramada frente a las puertas de las casas.

Llegada a la ciudad de Mendoza

Por último entramos a los extensos suburbios de Mendoza, llegando sin dificultad a la casa de don Manuel Valenzuela para quien yo tenía una carta de recomendación que se me había facilitado por don Juan Watson en Buenos Aires. El Sr. Valenzuela me recibió con mucha bondad, franqueándome alojamiento en su casa.

Ciudad de Mendoza

Llegué a Mendoza después de atravesar más de mil millas de llanura y a salvo de los indios; ahora deseaba disfrutar de la civilización porque durante catorce días había vivido entre gentes que apenas conocían lo que nosotros consideramos necesidades indispensables de la vida. En casos así propendemos a verlo todo bajo la luz más favorable. Agréguese lo pintoresco de la naturaleza y se me perdonará si extremo el colorido en la descripción del lugar.

Descripción de Mendoza

Construcciones, casas y calles Alameda

Mendoza es una ciudad bien edificada al pie de los Andes frente al gran paso de Uspallata. Las casas, construidas de adobes, se hallan por lo general arregladas con lujo nada común en la América del Sur. Las calles son anchas y el agua llega por ellas a la ciudad desde el río Mendoza, mediante un sistema de acequias. Tiene la ciudad seis o siete iglesias y una gran plaza que ha sido escenario de diversos fusilamientos, en especial el de dos hermanos de Carrera. El paseo público o Alameda está bien cuidado y ofrece una magnífica vista de las montañas. Los vecinos más respetables concurren a la Alameda por la noche y hacen tertulia formando grupos donde se toman sorbetes y confituras hasta hora muy avanzada.

Población

Mendoza tiene veinte mil habitantes, en proporción de tres hombres por cada dos mujeres, según se me informó. Han quedado ahora muy pocos negros porque fueron cedidos al Estado para la formación de nuevos regimientos

en el ejército.

Vino mendocino

Por su posición en el camino principal de Chile, siempre ha sido Mendoza lugar de considerable tráfico. Su industria madre es la del vino y algunos de los que se fabrican no son malos, en manera alguna. La clase más común, apenas se diferencia del Málaga ordinario pero en la mesa de don Manuel Valenzuela tuve ocasión de gustar un vino tinto de calidad muy superior.

Viñedos y otros cultivos

Algunos viñedos contienen hasta sesenta mil plantas; las uvas son negras y grandes, semejantes a la variedad llamada Hambro más que a ninguna otra y tienen mucho sabor; el cultivo se hace principalmente en trellage . Se dan también melones de pulpa verde y exquisita, higos, peras y membrillos. Estos últimos son muy superiores a los que pueden encontrarse en Europa y el higo blanco es generalmente muy buscado.

Comercio desde Mendoza

Cultivo de trigo

Las principales exportaciones de Mendoza consisten en vinos, aguardientes y frutas secas. Las importaciones, en yerba mate y artículos manufacturados. Estos últimos se venden a precios tan bajos que parecen inverosímiles . Como pocos son los efectos que pasan a Chile por otra vía que la de Mendoza, buena parte de la población se dedica

a la cría de mulas destinadas al transporte de carga por la cordillera. Esta rama del comercio produce considerables beneficios. Las tierras están todas cercadas y tienen riego. Se hallan, además, muy subdivididas de manera que gran parte de la población es propietaria de terrenos. El trigo es de grano pequeño y de una especie llamada “de barbilla”; lo siembran en julio y lo cortan en diciembre, dándose una sola cosecha por año. El precio del mejor trigo era de dos pesos por fanega de ocho arrobas o sea veinticinco libras, igual a dos bushels y medio, ingleses. El pan que con él se hacía era el mejor que yo había comido hasta entonces. La paja del trigo tiene escaso valor y sólo se usa para la mezcla de cal en la fabricación de ladrillos. El arado mendocino se reduce casi a un palo con una punta de hierro, arrastrado por bueyes. Crece mucha alfalfa o trébol y el suelo es tan fértil que a menudo se la corta hasta catorce veces en el año.

Descripción de la sociedad

Costumbres y bailes

Cambios climáticos

La gente de sociedad me pareció sumamente agradable; las señoras eran bastantes instruidas; se deleitaban con la música, sabían cantar y bailar. Las canciones predilectas eran los Tristes del Perú, melodías lastimeras cantadas por los súbditos del último inca después de su muerte. Los aires cantados son excesivamente rústicos e irregulares. No pude obtener la música de ninguno de ellos. En el Apéndice he incluido algunas de sus letras o palabras. Las danzas más comunes son el Minueto y el Cuando. El Cuando comienza en forma parecida al Minueto pero termina en una corrida hacia delante y luego hacia atrás, con un compás

más rápido. Tales diversiones, así como la de sentarse en la Alameda y tomar sorbetes y dulces, constituyen, en este lugar delicioso, la ocupación principal, y debo decir que en ninguna otra parte de América del Sur he visto mayor cortesía de maneras.

En los meses de verano, desde noviembre hasta marzo, el tiempo es cálido y si no fuera por el agua de nieve que corre desde la cordillera, toda la comarca se abrasaría porque llueve solamente en invierno cuando la cordillera se cubre de nieve. El invierno dura tres meses con algunas pocas heladas y a veces una pequeña nevada. Las mañanas son particularmente luminosas y entonces las montañas, desprovistas de niebla, resaltan sobre un cielo azul profundo. Hacia las cinco de la tarde el cielo se nubla y resulta difícil persuadirse de que no está a punto de estallar una tormenta. Este fenómeno se produjo diariamente mientras permanecí en Mendoza, sin que cayera una gota de agua. La ciudad está situada a unos 4427 pies sobre el nivel del mar.

Suelo arcilloso

El suelo está formado por una arcilla de color amarillo claro, procedente, sin duda, de la montaña y sedimentado por las aguas. Más abajo se encuentra una capa de cantos rodados, de diversos tamaños.

Enfermedades

Descripción de Chile

La sola calamidad que afecta a esta hermosa comar-

ca es la enfermedad llamada de la gota. No entraremos a considerar las teorías formuladas sobre una cuestión que ha confundido a los hombres más sabios e informados de la época. Lo cierto es que, en cualquier lugar donde esta enfermedad aparece, - China, Sumatra, Suiza o Sud América – presenta los mismos caracteres y así como deforma el cuerpo, deprime la moral. En Mendoza, todos los pequeños comercios tienen en venta “el palo de gota” para la cura de dicha dolencia. Adquirí varios de estos palos, pero quedaron en el camino retrasados, con un poco de vino, trigo y algunos minerales; la carga nunca llegó hasta mí y es de creer que cayera en manos de los indios. De lo contrario, hubiera podido poner este remedio en manos de algunos botánicos para que determinaran sus propiedades. Procede de la costa del Perú, y, según me pareció, se trataba de un alga. A juzgar el remedio por sus efectos, parecería que no es muy eficaz, dado que el número de personas afectadas de ese mal es muy considerable. Una mujer que conocí, enferma de gota, tenía cinco chicos afectados del mismo mal y además eran mudos. Esta enfermedad predomina, al parecer, en la parte oriental de los Andes, pero del lado de Chile es comparativamente rara. Chile, puede decirse que se compone enteramente de valles, porque hay tres cadenas de sierras entre la gran cordillera y el Pacífico, mientras a la parte de oriente las montañas caen en forma abrupta, como un enorme paredón y no gradualmente. Si, a pesar de todo, el alga referida tiene alguna eficacia, no puede proceder sino de la iodeína que parece haberse aplicado últimamente con éxito en dicha enfermedad.

Gobernador de Mendoza: Tomás Godoy Cruz

La provincia ha cambiado una o dos veces de gobernador, desde que estalló la revolución. Para los mendocinos han sido unos peores que otros. A la postre se han conformado con un señor Tomás Godoy Cruz, que es mitad gobernador y mitad comerciante, siendo su entendimiento asaz limitado. Su sueldo es de mil pesos mensuales y los gastos del Estado ascienden a doce mil pesos anuales. No existen tropas regulares sino unos tres mil hombres de milicia. La principal fuente de recursos está representada por el impuesto de un peso por cada casco de aguardiente y cuatro reales por cada casco de vino.

Límites de Mendoza

La provincia de Mendoza o Cuyo se extiende por una considerable distancia al pie de los Andes, hacia la parte sur, donde se levantan algunos fuertes que forman el límite, sirviendo de defensa contra los indios Pehuenches. Los Andes forman la frontera oeste. Al este, linda Mendoza con la provincia de la punta y al norte con la de San Juan. Hubo el proyecto de unir estas tres provincias bajo un solo gobierno, pero surgieron emulaciones y celos que no estaban a la altura de la cuestión y parece muy dudoso que el plan pueda llevarse a efecto. Incluyendo la población de la ciudad, el total de habitantes en la provincia no pasa de cuarenta mil.

Clima

General San Martín

La situación y el clima de Mendoza son tan agradables que sorprende la escasa cantidad de extranjeros estable-

cidos en ella. La provincia dispone de fuerzas suficientes para repeler cualquier ataque general y aun en el caso de ser invadida por los indios con fuerzas irresistibles, sería siempre fácil encontrar refugio en las montañas. Mendoza ha sido el sitio escogido últimamente como residencia por el general San Martín, cuyo nombre es más conocido en la América del Sur que en Europa. San Martín ha buscado este retiro después de diez años de fatigas y batallas, para gozar de un merecido reposo . No adoptaré para referirme a este personaje los grandes elogios que le prodigan sus admiradores, pero sería injusto negar que posee grandes talentos empleados por entero en el bien de su país y de la libertad del Nuevo Mundo. Existen en América del Sur dos partidos que no admiten una opinión equidistante, quizás la más cercana a la verdad. Uno de esos partidos llega casi a endiosar a San Martín, sosteniendo que de haber quedado en la Península – que abandonó, según dicen, por un pique relativo a promociones – hubiera llevado a cabo mayores hazañas que nuestro ilustre jefe [Wellington]. El otro partido cae en la difamación, lo califica de cruel y vengativo, asegura que su ambición no tiene límites y que lejos de poseer talentos militares, sus batallas fueron ganadas mientras él se encontraba acostado y ebrio. Debe convenirse en que su retiro de la vida pública ha desvirtuado la acusación de ambicioso y en cuanto a las otras, existen muchas razones para no darles crédito.

General San Martín: datos de su vida

Según el interesante folleto de don Ricardo Gual y Jaén , resulta que don José de San Martín nació en Yapeyú, ciudad del Entre Ríos, siendo su padre gobernador de

Santo Domingo de Soriano , plaza de alguna importancia sobre el Uruguay. De donde resulta que el padre era español y funcionario de la Madre Patria. Lo cierto es que don José recibió su educación en España, adonde volvió con su familia cuando tenía ocho años. Eligió la carrera militar y recibió adecuada educación en el colegio de los nobles de Madrid, distinción que, según su biógrafo, no se prodigaba a la juventud de América. Pero debe tenerse en cuenta que San Martín nació mientras su padre ejercía un cargo en el gobierno del Río de la Plata y esta circunstancia le eximía de la tacha de americano. La guerra de España durante la Revolución Francesa, ofreció toda suerte de oportunidades a los militares jóvenes para distinguirse. San Martín era edecán del Marqués de la Solana cuando este oficial fue asesinado por el populacho de Cádiz en mayo de 1808. Después sirvió con gran mérito durante la guerra española bajo las órdenes del general Castaños y últimamente bajo las órdenes de nuestro distinguido general [Wellington]. Nunca han explicado satisfactoriamente – ni sus amigos ni sus enemigos – el motivo que lo llevó a dejar un país, que era el suyo más que la América del Sur y cuando ese país necesitaba tanto de sus hijos. Lo cierto es que en 1811 se vino a Inglaterra, de donde se embarcó para el Río de la Plata. Habiendo obtenido un mando de poca importancia en Buenos Aires, derrotó en San Lorenzo a una fuerza de quinientos hombres enviada por el gobierno español de Montevideo para hacer desembarcos en las costas del río Paraná. Fue entonces nombrado Comandante en Jefe de las fuerzas del Alto Perú y reanimó con su presencia los restos de un ejército derrotado en más de una batalla. Su salud se resintió por lo insalubre de la región y entonces se retiró por un tiempo a Córdoba para reponer sus fuer-

zas; después se hizo cargo del mando en Mendoza, que era en esa época punto de considerable importancia. Mientras permaneció en esta ciudad, San Martín llevó a cabo varias obras de gran utilidad pública y alcanzó tal popularidad, que una gran parte de la población se unió a su bandera declarándose dispuesta a marchar donde fuera necesario.

Cruce de la cordillera de los Andes por el general San Martín

A principios de 1817, San Martín emprendió su marcha a través de los Andes con una fuerza de tres mil hombres. Es verdad que la empresa se inició en la época más favorable del año, pero, asimismo, representaba muy grandes peligros. Fue todo preparado con vistas a las circunstancias más adversas y se depositaron avituallamientos en las montañas para el caso de una retirada; no fue preciso echar mano de ellos porque San Martín triunfó en la batalla de Chacabuco, una de las más cruentas que hayan ocurrido durante la revolución emancipadora de estos países.

Independencia de Chile y Perú

En el año siguiente, San Martín ganó la batalla de Maipú, sellando con ella la independencia de Chile. Después de asegurar los negocios de este país y vencer innumerables dificultades, se organizó la expedición contra el Perú. San Martín asumió el mando de la misma y se hizo a la vela desde Valparaíso el 20 de agosto de 1820. Se sucedieron diversos conflictos durante el espacio de casi dos años pero el éxito acompañó casi siempre a los republicanos y San Martín entró en Lima como conquistador el 13 de

julio de 1821. En septiembre del año siguiente abandonó el gobierno del Perú y, poco después de desembarcar en Valparaíso, prosiguió hasta Mendoza.

Dejo así bosquejada su vida y algunas de sus principales empresas. Sólo desconociendo las violentas animosidades y celos que existen entre las diversas comarcas del nuevo mundo puede negarse que San Martín sea un hombre extraordinario. Esas comarcas fueron pacificadas por él y las hizo servir a sus propósitos. Su marcha a través de los Andes ha sido comparada a la de Bonaparte por el San Bernardo, pero la empresa de San Martín es más admirable que la de Napoleón si se consideran las ventajas de este último por lo que hace la disciplina de su ejército y a los elementos de que disponía.

Descripción de los nativos

Volviendo a mi narración, diré que los indios se habían ensoberbecido tanto con la toma de San Luis, que llegaron hasta cerca de Mendoza y amenazaban atacar la ciudad. Se hicieron preparativos para recibirlos y un cuerpo de mendocinos había salido a practicar un reconocimiento.

Preparativos para el cruce de la cordillera

En tales circunstancias, me pareció lo más prudente atravesar la cordillera mientras podía franquear los pasos y di comienzo a los preparativos de mi viaje. Siguiendo los consejos de mi amigo don Manuel, resolví hacer el camino por el paso del sur, llamado del Portillo, contrariamente a los deseos de mi baquiano que se refería de continuo a

las casuchas existentes en el camino real y a otras de sus ventajas, señalando los inconvenientes de la ruta elegida por mí.

Pasos de la cordillera de los Andes

En esta parte de la cordillera, existen cuatro pasos distintos: el más septentrional es el de los Patos, a la altura de San Juan; fue éste uno de los caminos formados por los peruanos, pero ha caído en abandono y es demasiado escabroso. El próximo es el paso de Uspallata, frente a Mendoza; era éste, otro de los pasos peruanos y, según todo lo hace suponer, el que estaba también más al sur. Por orden del Virrey del Perú don Ambrosio O'Higgins, padre del actual Director de Chile, fueron construidas algunas casuchas en las partes más altas de este paso. El que le sigue, - siendo el más directo entre Mendoza y Santiago - es el del Portillo, treinta leguas al sur de Mendoza donde se bifurca la cordillera. El cuarto y último paso es el del Planchón a la altura del puerto chileno de Concepción por donde pueden pasar los carros con facilidad, según se asegura. Ha existido antiguamente otro paso mucho más directo que los nombrados: consta en documentos conservados en Mendoza que algunos sacerdotes acostumbraban a salir de Santiago de Chile a las 6 de la tarde del día viernes para decir misa en Mendoza el domingo por la mañana. Probablemente se trataba del lecho de algún río seco, pero este cómodo camino no duró mucho y es fácil imaginar que fue cerrado por algún temblor de tierra o la caída paulatina de las rocas. En 1820, el Director de Chile nombró algunos oficiales para hacer observaciones en la cordillera y obtener datos sobre otros pasos que pudieran permitir el

avance de tropas o el contrabando. Después de minucioso examen, los oficiales informaron que existía otro paso pero tan riesgoso y abrupto, que difícilmente podría servir a los fines indicados.

Llegada a Luján

Contraté, pues, un guía y alquilé algunas mulas: tres de montar, dos cargueras y cinco más para cualquier eventualidad. Hice acopio de provisiones para varios días y habiéndome despedido de don Manuel Valenzuela, salí con rumbo sur en la tarde del 14 de marzo. Hasta Luján hicimos cinco leguas cruzando repetidamente la corriente de agua que se trae a Mendoza; el camino está bordeado por álamos. A fin de conservar las provisiones saladas, compramos carne fresca durante la marcha y ya tarde, al llegar a Luján, hicimos fuego, asamos la carne y vivaqueamos toda la noche. Luján es un pueblo pequeño con una iglesia muy bonita, famosa en todos los contornos por sus muchos milagros.

Río Mendoza El Tupungato

15 de marzo. – De madrugada estuvimos en pie y tomamos mate. Listas las mulas, proseguimos el viaje y cruzamos el río Mendoza; corría con ímpetu y me arrastró la mula por alguna distancia. Los Andes presentaban un espléndido panorama; el altísimo pico del Tupungato se ofrecía a nuestra vista cubierto de nieves eternas; se trata de un volcán extinguido y la tradición no ha conservado la fecha de su última erupción; es considerado el pico más

alto de los Andes del sur, pero parece que la altura no ha sido establecida científicamente.

Suelo Vegetación

Seguimos camino hacia el sur dejando a la izquierda una pequeña sierra. Cubrían el suelo fragmentos de pórfiro redondos, dioritas y cuarzos; la única vegetación que brotaba entre las piedras eran matas pequeñas llamadas jarillas y otras con una frutilla llamada piquen que se consideran remedio excelente contra la sed. A las diez llegamos a una estancia o quinta, distante cinco leguas del lugar en que habíamos pasado la noche; resolvimos detenernos allí durante las horas fuertes de calor que era opresivo.

El Carrascal Estancia la Estacada

Pude advertir que había más carbonato de soda en el suelo. Este sitio, llamado el Carrascal, domina un panorama sublime de la cordillera. La mujer de la casa tenía un gran lobanillo, se mostró muy amable y nos proporcionó mantequilla fresca en una vejiga. Dejamos esta estancia a las tres de la tarde; el camino seguía entre los mismos arbolillos; el suelo era de guijarros de la misma piedra pero de mayor tamaño. Más adelante la ruta se puso más áspera y llegamos a un lugar que decían “Estacada”, donde había pasto y agua para las mulas; había también una mala leña para encender fuego, lo que nos decidió a pasar allí la noche. Tres jinetes que viajaban en mulas habían tomado ya posesión de la parte más abrigada; nos invitaron a par-

ticipar del fuego que tenían encendido, entretanto ardía el nuestro. Este proceder nos ganó la voluntad.

Suelo y jarilla

La llanura que se extiende al sur de Mendoza y al pie de la cordillera ofrece poco de notable; se halla cubierta de la planta ya mencionada, que dicen jarilla, alta de tres o cuatro pies, con hojas parecidas al mirto pero de un olor peculiar que no es desagradable; los tallos son delgados y elásticos. El suelo es muy desigual en muchos sitios a causa de los torrentes que bajan de la cordillera y remueven la tierra; esta última es arenosa y sembrada de guijarros grandes.

Costumbres de los arrieros

16 de marzo. – Nos levantamos antes del amanecer; recogí algunos ejemplares geológicos y dejamos el sitio para comenzar el ascenso por entre las montañas. El aire se hacía más fresco y agradable después del sofocante calor sufrido desde Mendoza. El baquiano me dio unas piedritas que metí en el bolsillo con intención de arrojarlas en cuanto me volviera la espalda; pero luego me dijo que yo no lo había comprendido y que debía ponerlas en la boca para prevenirme contra una tormenta de viento; agregó que si las piedras me molestaban, pusiera entre los dientes un palito cualquiera; yo preferí hacer lo primero. También suelen llevar los baquianos una cabeza de gallo para evitar la caída de las mulas.

Seguimos andando por un terreno arenoso donde los

arbolillos se hacían cada vez más raros y cruzamos varios torrentes en dirección a un sitio que dicen Arboleda; de ahí continuamos por un llano cubierto de jarilla y de una planta muy abundante parecida a la menta cuando está en flor. Llegamos así a un paraje llamado Cañada de Álvarez.

Cerdos salvajes Estancia La Capilla

A la distancia vimos algunos cerdos salvajes y no consideré prudente atacarlos, aun espoleando las mulas. Habían crecido gran cantidad de melones de carne verde entre un poco de tierra arrojada de propósito sobre las piedras; arranqué algunos para llevar conmigo y resultaron de calidad muy inferior. En todos los ranchos por donde pasamos se veía un horno de cocer pan al aire libre y a cierta distancia de la casa. Como teníamos que hacer provisiones para el paso, compramos una oveja por tres reales; (menos de dos peniques ingleses), volvimos a montar y cruzamos varios barrancos llenos de piedras redondas de cuarzo y pórfiro hasta llegar a un sitio llamado Capilla por haber tenido en otro tiempo una pequeña iglesia; queda frente a la entrada del paso y lo rodeaba un montecillo de durazneros cargados de frutas; la mujer de la casa y una de las hijas tenían bocio; otra de las mujeres era notablemente bonita. Tanto en esta casa como en la anterior, la gente se mostró muy bondadosa y atenta; el trabajo de esta gente consistía casi exclusivamente en la fabricación de quesos.

Vegetación Llegada al Portillo

Así dejamos La Capilla, fuimos acercándonos rápidamente a la entrada del paso que aparecía a la distancia como un gran agujero negro en la montaña. Perdimos de vista la cumbre del Tupungato por la proximidad de otros picos y pasamos junto a las ruinas de unas casas que habían sido destruidas por los indios en la misma época que la capilla. Las únicas plantas que se veían eran la jarilla y otra semejante al espliego que se desarrolla en forma de grandes penachos y crece hasta cuatro pies de alto. Cruzamos el lecho seco de un gran torrente y nos acercamos con rapidez a la entrada del Portillo; el suelo estaba sembrado de guijarros como en los sitios anteriores pero se levantaban también enormes peñascos. Aquí subimos una elevada plataforma; el río Portillo se despeñaba a nuestra derecha. A las siete llegamos al destacamento de Chacaio donde me fue requerido el pasaporte. El encargado se mostró muy atento; la mujer tenía bocio y toda la familia se ocupaba en hacer quesos. Estas casuchas, como todas las que había visto últimamente, estaban hechas de juncos y daban una prueba de la benignidad del clima. Pasamos una mala noche porque empezó a llover muy fuerte antes de que descubriéramos la casa y una vez llegados a ella nos dieron albergue bajo un cobertizo, a cierta distancia, donde nos acostamos bastante mojados para ser pasto de pulgas y chinches.

Lamenté en esta ocasión más que nunca la falta casi absoluta de instrumentos científicos. Los barómetros encargados a Inglaterra no habían llegado cuando salí de Río de Janeiro. Aun adquiridos en Buenos Aires, por su fragilidad habrían llegado rotos. Apenas si disponía de un simple aparato destinado a verificar la inclinación y dirección de

los estratos, amén de dos pequeños barómetros.

Descripción del camino hacia el Portillo

17 de marzo. – Montamos las mulas muy temprano y empezamos a entrar en el paramillo o abra del gran paso. La entrada está orientada hacia el suroeste; el viento, intensamente frío, se precipitaba con furia sobre la llanura caliente. El termómetro marcó una diferencia de treinta grados con la temperatura del día anterior. Las mulas temblaban de frío como nosotros. Hacíamos gradualmente el ascenso y poco a poco vinimos a quedar entre dos montañas abruptas compuestas de un pórfiro gris rojizo. Había pocas plantas y las hierbas estaban heladas. El camino se estrechó en la garganta de una montaña y llegamos al río Portillo que se precipitaba torrencialmente sobre las masas de rocas despeñadas desde las cumbres. El camino era muy tortuoso y las rocas, separándonos del torrente, nos impedían vernos unos a otros. Según ascendíamos, la vegetación se hacía más y más escasa. Las rocas que atajaban el paso eran principalmente grandes masas de feldespatopórfiro, cuarzos grasosos, pizarras y enormes masas de una especie de tratíquico pómez parecidas a las puzolanas de Italia. Esta roca, según nos informaron, era muy buscada por los chilenos para hacer filtros. Cruzamos muchas corrientes que descienden con gran impetuosidad para unirse al río del Portillo que teníamos a la derecha. La vista, por ambos lados, era en extremo novedosa e interesante. Ante nosotros se levantaba una altísima cadena de montañas, que parecía imposible de trasponer y de la que se precipitaba un río con increíble rapidez; a la derecha e

izquierda, estupendos murallones a los que no era posible acercarse por los grandes montones de piedras que los circuían.

Grandes rocas

Estas piedras caídas forman un ángulo de considerable altura y constan de grandes bloques superpuestos que van achicándose hacia arriba hasta convertirse en polvo al juntarse con la roca principal. Todo esto me daba una idea perfecta del caos primitivo. En una vuelta del camino quedamos tan encerrados que difícilmente podíamos orientarnos. No se oía ni el grito de un animal ni ruido alguno que alternara con el incesante rodar del torrente.

Sierra de Puquenes

Dejando el paramillo o entrada, subimos con rapidez al primer paso del Portillo; la cordillera se divide, como lo hemos dicho, en dos cadenas y la más occidental se llama sierra de los Puquenes.

Llegada a la Cumbre

Las Cuevas

Poco después llegamos hasta la cumbre que estaba a un cuarto de milla de distancia. La altura de este lugar es de unos 12.585 pies ingleses. En la parte más alta, personas piadosas han erigido una cruz. El panorama en todas direcciones era magnífico, e indescriptible el aspecto de los valles profundos cubiertos de nieve. El descenso desde la cumbre pudimos hacerlo más ligero y por terreno mu-

cho menos empinado, casi llano. Pasamos una casucha llamada las Cuevas, a 11.065 pies sobre el nivel del mar. El guía, con la mejor intención, hizo que algunos de la partida montasen en las mulas con el propósito de encontrar pasto lo más pronto posible aunque estaban destinadas aquéllas a pasar otro día de hambre. Con este objeto nos apresuramos todo lo posible. Ya en la oscuridad de la noche, el baquiano – a quien yo seguía muy de cerca – perdió el camino y anduvimos algunos ratos envueltos por la nieve. Al cabo de un tiempo llegamos a la casucha del Paramillo donde pasamos la noche. El termómetro marcó 26° por la mañana dentro de la casucha, no obstante el calor de tantos cuerpos y del fuego encendido la noche anterior.

Río Las Cuevas
Puente del Inca
Casucha de Puquíos
Punta de Vacas

3 de junio. – Muy temprano observamos el tiempo y vimos que estaba despejado. El baquiano hundió su bastón en la nieve y advirtió que el agujero formado tenía una coloración azul, de donde infirió que no había peligro de tormenta. Se hizo fuego fuera de la casucha y mientras ardían las ramas por una punta, las mulas comían el extremo opuesto. La nieve estaba muy espesa y el cielo de un azul intenso como en los días anteriores. El camino seguía el río Las Cuevas, pequeña corriente que nace cerca de la cumbre. Llegamos después al Puente del Inca, formación natural de materia calcárea con largas estalactitas que cuelgan bajo el arco. Este arco se levanta escasamente a veinte pies. Me habían hablado de este puente

y yo lo imaginaba tendido sobre un enorme torrente, entre dos montañas que sin él era imposible atravesar. Sufrí una gran decepción porque es mucho más pequeño que todo esto y se encuentra más bien a un lado del camino que puede pasarse sin atravesar el puente. El descenso desde allí es muy suave. Luego de pasar algunas casuchas – entre ellas Los Puquíos a 9.418 pies ingleses – llegamos a un sitio denominado Punta de Las Vacas. Vivaqueamos en este lugar, con mucho frío, a despecho de dos grandes fogatas que mantuvimos toda la noche. El termómetro bajó a 22 grados. Las mulas quedaron sueltas y al día siguiente se mostraron más repuestas.

Río Mendoza
Laderas peligrosas
Mulas

4 de junio. – En Punta de las Vacas el río Tupungato se une al de Las Cuevas para formar el río Mendoza. La montaña del Tupungato aparecía sobre nuestras cabezas. A poco de dejar este sitio la nieve desapareció completamente y me saqué la seda que llevaba sobre los ojos con lo que experimenté un gran alivio y puede ver mejor todos los contornos. Durante todo el día marchamos por la orilla del río Mendoza, trepando a ratos las laderas de las montañas que el río circunda. Estas laderas se consideran como la parte más peligrosa del camino; apenas si dan paso a una mula cargada y muchas mulas caen hasta el torrente que se precipita por el fondo del barranco. A veces, grandes masas de roca se desprenden desde la altura y aplastan a los desgraciados viajeros. Me señalaron dos enormes rocas de granito que cubrían los restos de dos mendocinos

y vi muchas cruces colocadas en memoria de accidentes y parecidos. En estos sitios se pone a prueba la buena condición de las mulas. Llegando a la entrada de las laderas, la primera mula de la tropa (que llaman el baquiano) se adelanta para ver si alguna tropa se aproxima en dirección contraria y si es así, vuelve atrás y hace retroceder a sus mulas para dar paso. Cuando en la altura se produce el menor ruido causado por la caída de guijarros, toda la tropa se apresura súbitamente para evitar el peligro.

Llegada a Uspallata

En un país de montañas, las virtudes de estos animales son, naturalmente, muy apreciadas. Pasamos junto a unos inmensos bloques de pórfiro, pizarra, granito, sienita y fel-despato encarnado. Atravesamos también varios torrentes que se derraman en el río Mendoza. Ya salimos entonces de las montañas más altas de la cordillera y seguimos por una llanura cubierta de malezas. A las nueve de la noche estuvimos en Uspallata; habíamos cabalgado diecisiete horas y las mulas estaban poco más fatigadas que nosotros. La gente de la casucha preparó una cena con carne de guanaco que me pareció tan buena como la de cordero. Uspallata fue célebre en otro tiempo por sus minas de plata que ahora están abandonadas. Oí decir que existían grandes montones de escoria pero no puede verificar si eran de origen volcánicos o procedían – como era probable – del trabajo de los mineros.

Paramillo
Villavicencio
Guanacos en el camino

5 de junio. – Partimos temprano y no tardamos mucho en llegar al Paramillo o entrada. El viento soplabá con fuerza, frío y cortante. Poca vegetación. Observé alguna piedra caliza, grisácea, en estratos horizontales y atravesamos algunos valles donde crecía el pasto fuerte. Al cabo llegamos a la entrada oriental de la cordillera. El valle se estrecha y mide treinta pies de anchura mientras las rocas se elevan por lo menos a doscientos. El aspecto de este portillo es imponente y el viento pasa por él con gran ímpetu. Por la noche llegamos a Villavicencio. En este día de viaje vimos gran número de guanacos que se acercaban a nosotros en grupos de cinco a seis y después escapaban al galope. Yo conocía estos animales por haber visto alguno en Buenos Aires y en Chile, guardados en cautividad, como una rareza. Para apresar los guanacos, los cazadores despliegan en línea llevando tendidos largos cordeles provistos de plumas, cencerros y trozos de vidrio. Así avanzan arreándolos hasta un sitio cercado. Estos animales abandonan las montañas cuando empiezan a caer las primeras nevadas y se refugian en las quebradas y valles donde el invierno es menos riguroso. El guanaco, cuando está enojado, arroja una saliva que irrita la piel humana. En Buenos Aires supe de algunas personas obligadas a deshacerse de estos animales porque atacaban siempre a las mujeres de la casa. La lana, aunque inferior a la de vicuña y a la de llama, es muy estimada. El guanaco no se utiliza como bestia de carga. Sopló viento muy frío, que venía con fuerza desde la cordillera, toda la noche.

Descenso hacia Mendoza
Características del suelo

6 de junio. – Montamos en las mulas antes de amanecer y empezamos a bajar hacia Mendoza. El viento era tan fuerte que los animales podían apenas tenerse en pie. Varios de los peones perdieron sus sombreros; pero como hacíamos el descenso con mucha rapidez, el viento amainó y dejó de molestarnos. Alcanzamos por fin un llano y salimos de entre las montañas. Al principio hicimos el camino sobre cantos rodados pero la última parte de la jornada fue por un terreno de arcilla amarillenta del que se levantaba un polvo muy molesto. Las matas de jarilla y una planta semejante al espliego, aparecieron otra vez. Luego de trasponer unas colinas divisamos las torres de Mendoza y entramos en la ciudad a eso de las doce.

Había cumplido de este modo mi viaje por la cordillera en el término de nueve días, cosa que se da muy rara vez en esta época del año. No me costó soportar ninguna tormenta de nieve y, fuera del cansancio – que pasó pronto - no tuve motivos para quejarme. Lamenté, sí, la pérdida de la mula y no puede saber si el hombre apunado que hice volver en el viaje había recobrado la salud.

Descripción de personalidades

Luchas internas

En Mendoza me esperaban noticias decepcionantes. La ciudad estaba en gran agitación por la proximidad de las fuerzas de Carrera que todavía merodeaban en las pampas. Los orientales, encabezados por Ramírez, habían entrado también en la lucha y ambos jefes rivalizaban en odio contra los mendocinos. La única esperanza de estos últimos

fincaba en el ejército de Estanislao López, gobernador de Santa Fe, que se había puesto en campaña. Se sabía que los cordobeses estaban bloqueados por Carrera quien había amenazado más de una vez la capital de la provincia. La fuerza de Carrera se componía casi enteramente de caballería pero en las pampas un soldado de caballería vale por tres infantes, como había podido comprobarse en esta misma guerra. Las fuerzas militares de Mendoza, como las de San Juan y San Luis, cubrían la región y nadie podía salir por temor de que llevaran informes al enemigo. Mis amigos me aseguraban que era imposible llegar a la costa del Atlántico: de intentarlo me esperaba el saqueo y quizás la muerte. También podía encontrarme con el ejército en derrota como lo anunciaban ya, o quedar cautivo de los indios. En el mejor de los casos, me encontraría sin caballos para continuar el viaje. Con todo, llevado por mis deseos de seguir adelante, confiando también en mi conocimiento de los caminos por la experiencia del viaje anterior, decidí no quedar en Mendoza. Pensé asimismo que, como llevaba conmigo diversas comunicaciones escritas, era más discreto no decir la ruta precisa que pensaba tomar, sino solamente que me iba por el camino de Buenos Aires. Contraté un guía que me recomendó mucho don Manuel Valenzuela y le previne que yo marcaría la ruta, debiendo él seguir exactamente mis indicaciones. Era este baquiano un hombre muy decente, de apellido Dávila, mucho más educado que mi viejo amigo Chiclana y que Mateo Laso, el guía que me acompañó desde Chile. Por los riesgos que afrontaríamos, debí pagar bien a mi acompañante. Este aliciente y los argumentos de don Manuel pesaron en el ánimo de la mujer de Dávila y al fin no se opuso a que su marido emprendiera un viaje tan peligroso.

Gobernador de Mendoza:
Tomás Godoy Cruz

Durante mi ausencia, pocas novedades importantes habían ocurrido en Mendoza. Encontré en el gobierno el mismo personaje ocupado por entero en evitar que los numerosos descontentos se rebelaran contra él enviándolo a buscarse fortuna en otra parte. La paralización completa del comercio – debido a la incomunicación con Buenos Aires – contribuía no poco a ese estado de cosas. Varias soluciones se proyectaban, entre ellas un entendimiento con los caudillos rebeldes, lo que importaba el abandono de la coalición acordada con las provincias de San Juan, La Punta y Córdoba para terminar aquella situación desastrosa. La negociación había sido encomendada a un clérigo que yo más o menos conocía; estaba muy pagado de la importancia de su misión y obraba con toda la cautela de un diplomático destinado a romper la coalición de los soberanos europeos en la guerra continental. La base de la negociación era ésta: los mendocinos retirarían sus fuerzas (cuatrocientos hombres) con cualquier pretexto si Carrera permitía pasar a Buenos Aires las arrias de mulas de la provincia sin molestarlos. El tratado se malogró, según me lo dijeron después, debido al rencor de Carrera por los mendocinos a quienes creían los verdugos de sus hermanos.

No obstante haber conocido la política de esos pequeños estados, - como que tuve la oportunidad de pasar algunos días en el campamento de los jefes en guerra – nunca puede saber la verdadera causa de esta gran contienda y

creo que los mismos jefes no la sabían muy bien. Me pareció que la inclinación a la pelea y al pillaje eran los motivos principales que los llevaban a combatir.

Clima y vegetación

Debido a la proximidad de tan grandes masas de nieve en la cordillera, la vegetación de Mendoza presentaba un aspecto muy invernal y los tallos desnudos de las vides, así como las hojas amarillentas que cubrían el suelo, mostraban a las claras que la estación había cambiado después de mi primera visita. La ciudad no tenía ya ningún atractivo para mí, pero lamenté no permanecer algún tiempo más según me lo pidieron algunas familias que no me habían olvidado. Por otra parte, los riesgos que me esperaban me quitaban el deseo de ponerme en camino.

Provisiones para el viaje

Situación familiar

Posta El Retamo

Me procuré por fin todo aquello que podía serme útil: yerba, azúcar, tabaco y algunas chucherías. Dos días estuve en Mendoza y dejé la ciudad el 8 de junio, acompañado por Dávila y por un hermano que se le unió en el camino a corta distancia. Antes de salir de Mendoza habíamos estado en casa de Dávila, en los suburbios. Allí tuve que asistir a las lamentaciones de la mujer y los hijos; creían que los abandonaba para siempre. Estaba yo sentado esperándolo cuando salió y en presencia de la familia, hizo voto de donar cuatro reales a Nuestra Señora de Luján si llegábamos sanos y salvos a Buenos Aires. Yo hubiera ofrecido diez

veces más a Nuestra Señora, pero por no aparecer muy espléndido, prometí dar ocho reales con el mismo objeto lo que produjo gran satisfacción entre esa buena gente. Con ello se manifestaron convencidos de que Dávila no sufriría ningún daño marchando en mi compañía. La promesa fue divulgada en todo el camino por el mismo baquiano y en varias oportunidades surtió muy buen efecto. Con las bendiciones de todos emprendimos la marcha. El baquiano Dávila, en parte por el ejercicio del caballo y también por algunos chistes con que lo entretuve, levantó mucho el ánimo y dejó de pensar en la mujer y en los hijos. Acostumbrado yo al duro andar de las mulas y a su natural terquedad, sentía verdadero placer con el movimiento mucho más elástico del caballo. Si en el purgatorio existen montañas y mares y se hace necesario viajar, sin duda los medios de transporte serán las mulas en tierra y los bergantines con diez cañones en el mar. Tomamos el camino directo a la Punta de San Luis y dormimos en Retamo, distante doce leguas de Mendoza.

Posta Rodeo del Chacón

9 de junio. – En la mañana de este día continuamos la marcha muy temprano y a las once estuvimos en Rodeo de Chacón donde fue muy bien recibido por la gente de la casa que ya me había prestado servicios en mi viaje anterior, Juana, la hija del maestro de posta, excelente muchacha, me hizo algunos cargos muy gentilmente por no haberle mandado unos peines de Chile que le había prometido. Le dije que el baquiano anterior me había jugado una mala pasada llevándoselos consigo – lo que era cierto – y con esto se mostró satisfecha. Para quedar bien le ob-

sequié con algunas bujerías que llevaba. Ella por su parte me pidió que montara su caballo hasta la posta próxima y cuando me despedí quiso halagar mi vanidad mostrándose muy pesarosa. Antes había tratado de convencerme para que no siguiera adelante, pintándome con vivos colores la suerte que me esperaba si caía cautivo de los indios. Siguiendo camino llegamos a Pirgua, donde decidimos pasar la noche habiendo recorrido treinta y nueve leguas en el día.

Postas de Chilquitas,
Corral del Cuero y Desaguadero

10 de junio. – A la mañana siguiente salimos muy temprano apurando la marcha hasta llegar a las Chilquitas. El tiempo estaba hermoso pero en las primeras horas sentimos mucho frío. Los jarillas que observé en el descenso de la cordillera, aparecían de vez en cuando aunque estábamos ya lejos de la montaña. En los terrenos cercanos a las postas se hacía el riego que precede al tiempo de la siembra. La posta próxima era Corral de Cuero, donde me detuve mucho tiempo para esperar los caballos. Conversé largamente con las mujeres de la casa; me informaron entre otras cosas que la viruela lo mismo que la vacuna eran desconocidas en la región; que muchos niños pequeños morían a causa del frío tan intenso; que pocas mujeres tenían más de tres hijos y que los amamantaban hasta los tres años. Tales expansiones se debieron a un puñado de yerba que di a cada una porque ya he dicho que esta gente no gusta responder a las preguntas que se le hacen. Por último llegaron los caballos y seguimos hasta la posta del Desaguadero donde no encontré ningún hombre; habían

salido a buscar agua, diez leguas al norte, porque toda esta región carece de ella y corren apenas algunos arroyuelos de agua salada. Esperamos dos horas hasta que llegaron los hombres de la casa; una vez los caballos en el corral, elegimos seis y seguimos andando. El día estaba caluroso en gran manera y el camino iba por entre mimosas de escasa altura que no protegían del sol.

Posta Laguna del Chorrillo
Cena con oficiales del ejército San Luis

Como hasta la próxima posta el trayecto era de cincuenta leguas, marchamos despacio llevando tres caballos de arreo hasta la mitad del camino. La marcha lenta resultaba fatigosa; por fin el sol declinó y la noche se anunció fresca; de lo contrario no hubiéramos podido terminar la jornada. Como a las ocho y media llegamos a la línea del ejército de Mendoza que había salido desde la ciudad ocho días antes; dimos con una mujer anciana que hacía de vivandera del ejército y nos vendió un poco de pan y aguardiente que apreciamos mucho porque no habíamos comido desde la mañana. Con esto continuamos la marcha más animados y al salir la luna fue para mí una recompensa poder contemplar el espectáculo del lago Bebedero que brillaba con gran esplendor. Poco después estuvimos en la posta de la Laguna del Chorrillo y de ahí seguimos escoltados por una partida de Dragones de Mendoza que se creyeron obligados a llevarnos ante el Comandante. Ya en la casa encontramos que el coronel y los oficiales estaban cenando. El jefe se mostró muy amable y me cedió un asiento a la cabecera de la mesa entre él y el Capellán. Era éste un clérigo muy joven – dieciocho a veinte años

– en el que alternaban maneras a muchachadas con cierto aire de santidad que asumía de vez en cuando. Estaban comiendo carne con cuero, el plato favorito y caro que sólo se encuentra en las mejores mesas. El clérigo se divirtió llenándome de continuo el vaso con vino de una bota de piel de cabra que tenía bajo la mesa; me pareció algo achispado. Quizás para entretenerse, el Coronel le planteó algunos problemas de índole eclesiástica que fueron adquiriendo cierta gravedad. El capellán respondía en el mismo tono. En esto estábamos cuando me avisaron que los caballos se encontraban listos. Habiéndome despedido de todos, tomé el camino de La Punta; me faltaban apenas siete leguas. Pensé que podría salir de esta ciudad antes de que llegaran las tropas y por otra parte me sentía ansioso por conocer el estado de la campaña más allá de San Luis y verificar si era posible seguir mi viaje hasta el Río de la Plata. A las once y media llegamos a la casa de posta. Fue necesario llamar largamente a la puerta para que nos dieran alojamiento.